

PÁGINA OBRERA

Al esclavo del terruño

El príncipe Sol, emergiendo de un lecho de tinieblas lanza su luz al espacio, esparce sus rayos que atraviesan las nubes como flechas sangrientas, disipa las brumas, apaga las estrellas y recorre triunfalmente la inmensidad azul.

Cuando nacen los días, reciben los capullos de rosa el ósculo del viente-cillo matinal y abren sus hojas esparciendo virginales aromas.

El esclavo del terruño, cuando ese viento ligero recorre la vega, camina, desperezándose, hacia los campos donde las alóndras duermen el cansancio de sus vuelos.

En el campanario suena la oración, por un resto de esa necesidad llamada costumbre se persigna el labriego, aquel resignado á morir laborando cual máquina humana, vertiendo en el surco la semilla que devuelve centuplicada esa madre tierra, tan buena que hasta recoge nuestro cuerpo miserable al llegar el momento de abismarnos en la nada del morir.

El obrero del campo, el humilde labrador continúa sin querer redimirse.

Hoy que las clases sociales alzan sus manos crispadas contra todo lo sagrado, el hombre agrícola, el de rostro bruñido por el fuego solar y los aires norteños traedores de hielo, continúan pasivos, muertos al vivir de las nuevas leyes universalmente aceptadas, sujetos al pesado terrón con la cadena del bárbaro quietismo espiritual.

Ahora que la Humanidad se hace sabia porque tornó á la experiencia de mil cielos de dolor, casi yacen los esclavos del terruño en la secular barbarie de veinte siglos.

Cuando los antiguos esclavos pensaban en la libertad, seguían su mirada el vuelo de las golondrinas.

Ahora, el más aherrojado de los hombres tiene la tranquilidad placida del ídolo indio, su sonreír de fatalista en un espasmo de soberana indiferencia.

Es la tempestad enemiga del agricultor; sus iras, amenaza continua pendiendo sobre las mieses; el hielo, un temor; la sequía, una dolencia; la implacable langosta, su ruina.

Todo fruto, como huyéndolo á la miseria, es arrebatado por los gobernantes, y dicen que fabrican el palacio nacional llevándose lo que germinó al cuidado de vuestras labores.

Decidme, los que como gusanillos arañáis la tierra con el arado, diciéndo vuestro pasivismo en la eterna canción de paz; ¿no se os toma por el fisco el fruto del trabajo, por la imbecilidad gubernamental el de vuestros amores, la placida vida de un sencillo rusticismo, llenándoos de pobreza el hogar y de dolor el alma?

Sóis amenazados y quizá castigados, cuando halláis excesivos los tributos.

Y el hombre que alza el fusil asesinando á vuestro pecho, es el hijo del pueblo, vuestro hermano, un producto que compraron en ocasiones á precio de carne los ambiciosos y soberbios, cuando ya no lo desean para ornamentar á la opulencia ó ser-

vir de juguete agradable al niño de cualquier monarca tártaro.

Dad al olvido la vergüenza de yacer en la vida tradicional.

Está ordenado por las modernas ideas la revolución de vuestros pensamientos, cambiando en afán de conquistar derechos que niega lo legislado, y tomando las manos encallecidas por la esteva el bárbaro atavismo de la vieja sociedad, convirtiéndola en átomos, rompiéndola en mil pedazos.

Y ahora cuando en el campo escuchéis el *Angelus*, hablado por las campanas aldeanas anunciando el morir del día, doblad la rodilla en medio del campo y orad, no á Dios, sino á la Humanidad, por la redención de los pobres.

JORGE RANDÓ.

1.º de Mayo

¿Qué significan esas muchedumbres que integran las manifestaciones grandiosas de hoy? Significan la enérgica protesta contra el orden social presente, que condena á la miseria á los que todo lo producen, mientras nadan en la abundancia los inactivos que nada crean.

Tiemblan ya los detentadores del social patrimonio al ver la unidad de criterio que va existiendo entre los trabajadores todos. Cuando los de cerebro entenebrecido vengan á sumarse á sus hermanos de sufrimiento, por haber llegado á ellos la luz del Socialismo, ya no tendrá que temblar nadie: sólo un momento de cirugía social contra aquellos que se opongan al establecimiento de la *Nueva Era*, y las clases habránse fundido en una sola de hombres completamente libres é iguales. La explotación será palabra vacía de sentido, sólo aplicable á las sociedades extinguidas, porque en el nuevo orden de cosas la lucha del hombre contra la Naturaleza para arrancarle la mayor suma de bienestar, habrá sustituido á la actual explotación del hombre por el hombre.

Generoso PLAZA.

12 de Mayo de 1911.

El Estado es el que por sus Códigos mantiene la monstruosa desigualdad de condiciones que hoy existe.

PI Y MARGALL.

RÁPIDA

Adular á los pueblos sería peor que adular á los reyes; la adulación á los unos supone bajeza y á los otros cobardía.

Los pueblos no tienen derecho de acusar indefinidamente por sus faltas á los gobiernos. Aceptar la opresión, acabar por suponer en cierto modo complicidad.

La pusilanimidad de un pueblo, cuando llega á soportar un yugo del que pudiera libertarse haciendo un esfuerzo de voluntad, traspasa los límites de la paciencia que deben tener los hombres honrados.

Entre el gobierno que hace el mal y el pueblo que lo consiente, hay cierta solidaridad vergonzosa. El sufrimiento es venerable, pero el yugo no debe sufrirse.

VICTOR HUGO.

LA RAZÓN

Ante la luz de la razón me inclino lo mismo que ante el ara del penitente. ¡Que es para mí su luz tan refulgente cual la que alumbró mi mortal camino!

Cuando de la pasión el torbellino ciega los ojos con su brillo ingente, ella lleva la paz á nuestra mente cual si fuese poder del Dios divino.

¡Razón! Astro brillante de la Tierra, que la ignorancia y la pasión destierra, tú serás de los mundos Soberana.

Pues si conoces la verdad fingida, y vences los errores de la vida, reina tienes que ser hoy y mañana.

ZAHORÍ.

LA GUERRA

Resuena de la guerra el estallido producto de nefandas ambiciones, y entre el fiero rugir de los cañones va un estruendo de gritos doloridos.

El combate se entabla enfurecido, y al luchar cual indómitos leones, la flotante bandera hecha girones se desprende del mástil carcomido.

Cesa el luchar, los cuerpos mutilados, de sangre tiñen la parduzca tierra, y en cruel martirio los heridos gimen.

Mientras tanto, los más afortunados, alabanzas entonan á la guerra, matadero feroz, bárbaro crimen.

X.

LOS MERCADERES DEL TEMPLO

Haces falta, Jesús, torna á la vida, y mira su gangrena lacerante; tú, como un inmortal desinfectante, lava esta inmunda sociedad podrida.

Aplica por los bordes de la herida botonazos de fuego restallante, y embalsame la luz de tu semb'ante esta de llagas carne carcomida.

Ve tu doctrina de lo noble ejemplo, ser profanada cual tu antiguo templo y hacer tus puras máximas pedazos.

¡Jesús, tú que idealizas cuanto quieres, lanza otra vez los viles mercaderes del interior del templo á latigazos!

SAVADOR RUEDA.

La sinrazón de las guerras modernas se llama interés dinástico, nacionalidad, equilibrio europeo, honor... Si todavía subsiste un honor en los pueblos, resulta extraño medio para sostenerlo hacer la guerra, es decir, cometer todos los crímenes por los cuales el ciudadano se deshonra: incendio, rapiña, asesinato.

ANATOLIO FRANCE.

¡No existe libertad!

Y el que dijera lo contrario... miente!! Y lo peor del caso que... quien la mata es... no lo digo, no tengo libertad para decirlo; y si quiero, amado lector, que aquesto leas, que sepas mis sentires... tengo que ocultar muy hondo mi coraje de español.

Aquí, en el fondo de mi ardiente entraña retuércese mi alma como león en ígnea cárcel encerrado; y está mi alma de indignación tremenda poseída; y vibran indomables aquí, en mi corazón, amenazantes fibras amarillentas llamas.

Y todo ¡ay! al verte ¡Patria mía!... ¡Tan pobre! ¡Tan enferma y despreciada!

Conozco, madre España, tu esplendor antiguo y tu grandeza soberana; estoy viendo tu miseria presente y escuchando ¡vive Dios! los estallidos de las risas de los que de tí se mojan; ¿y es posible que los muros de mis pechos resistan tanta indignación sin derrumbarse en explosión horrible?...

París vió por los suelos enlodada y jirones hecha tu bandera inmaculada, la que, retando al viento, paseó triunfante del uno al otro polo saludable por todas las naciones, orgullosas de llamarse tus esclavas; Alemania recibe á don Alfonso, le recuerda lo que fuíste y se compadece de lo que ahora eres; Londres te tendió su mano terrible y con sonrisa de astuto mercader... se llamó tu amigo; los Estados-Unidos en cainita abrazo hundieron tu poderío colonial, tus malogrados barcos en los senos de los mares.

Turbas de... ¡francesados! y que á los paisanos de *Pepe botella* hacían el caldo gordo... desangraban desde Barcelona al león Ibero que estrujaba entre sus robustos brazos la hiena de Marruecos dispuesta á degollarnos, luchando por salvar de un brinco el Estrecho fatídico.

Un gemido de dolor, inmenso, desgarrador, suplicante, se levanta de toda España y, formando una ola gigante de color vario, si bien el dominante es el de la *bilis*, retorciéndose sube amenazante, rugidora á las cumbres del puro oxígeno para desde aquel excelso observatorio buscar á la esperanza salvadora.

A mí me parece oír la voz de todos los pueblos españoles, vigorosa en unos y débil y enfermiza, como la del hambriento, en otros; me parece distinguir muy claramente gritos espantosos, ensordecedores, como bramidos de cañón, como rugidos de volcán, como roncós y terribles truenos, y no es otra cosa que la explosión del alma nacional que pide á voz en cuello *el pan del orden y el vino generoso de la gloria.*

Es cierto, España lo que quiere es orden; España lo que ansía es gloria. ¡Basta de anarquía! ¡Termine el caos! Lo que precisamos lo dice desde la tumba un muerto ilustre, don Joaquín Costa. *Cultura*, una cabeza que no sea sólo adorno, artículo de lujo, sino culta, entendida, saturada de pensamientos llenos, de ideas madres que sean fecundas para el bien, que sepan parir el prudente gobernar, que es el que cuece el pan del orden y destila el vino generoso de la glo

ria. ¡Basta ya de palabrerías y banqueteadores, sarna y lepra de los pueblos caducos é impotentes!... Pero España lo que más necesita ahora, en este momento de su historia, y como cosa que corre mayor prisa es... es... ¡no puedo decirlo!, mejor dicho... ¡no me dejan decirlo!! El lápiz rojo; el fiscal...; la prudencia... (el miedo de los periodistas, que no me admiten los escritos cálidos, los jugos de mi alma de español.)

¡No me dejan decirlo!... Siento que mi alma se inflama en mis entrañas: presiento que mi pecho va á saltar en mil pedazos (como el pueblo español...) porque... ¡no engañarse!... ¡no existe libertad!!

UN PAISANO DE PIZARRO.



Las artes de la corrupción son viejas: las inventaron los sacerdotes y las enseñó la iglesia.

J. D. GUERRAZZI.



La minoría conjuncionista

Días pasados se reunió en una de las Secciones del Congreso la minoría de la Conjunción republicano-socialista, para tratar del Manifiesto que dirigirá al país.

Asistieron á la reunión los señores Azcárate, Pérez Galdós, Pablo Iglesias, Lamana, Salvatella, Zulueta (D. Luis) y Nougués.

Poco más tarde se comunicó la siguiente nota:

«La minoría de Conjunción republicano-socialista, reunida en la Sección tercera del Congreso, ha estudiado el borrador del Manifiesto que, en líneas generales, tiene redactado el Sr. Pérez Galdós, acordando volver á reunirse al día siguiente.

Los puntos principales del Manifiesto son:

Petición de que las Cortes reanuden sus tareas para tratar de las cuestiones políticas pendientes, como son el proyecto de exacciones locales, cuya aprobación es indispensable para llegar á la transformación del impuesto de Consumos; reforma del Código de Justicia militar, á fin de llegar á la revisión del proceso Ferrer; servicio militar obligatorio, etc., etc.

En el Manifiesto, la minoría de Conjunción ratificará su criterio, completamente opuesto á toda aventura en Marruecos.

Se anunciará una campaña de propaganda por provincias.»



GRANITO DE ORO

EL PRECEPTO

Que los que quieran desheredar á sus hijos busquen alguien que quiera recibir sus dones. No me hallarán á mi. (San Agustín.)

LA REALIDAD

Un padre puede gastar su fortuna en usos piosos, aun con detrimento de la «legítima» de sus hijos. (Teología Moral. Ligorio.)



LO QUE ENCARNA

Por muy elevada que sea una idea, por más reflexiva que haya sido su concepción, por bien intencionado que fuera el deseo que la engendrara, si no encarna en la conciencia de los que la deban utilizar, tal idea nacerá muerta, perderá en el vacío, resultará estéril.

Algo de eso ha ocurrido con muchas de las brillantes iniciativas sancionadas por los Congresos obreros internacionales, y seguramente pasará con otras no menos luminosas que

irán sometiéndose al juicio ó, mejor dicho, á la experiencia práctica de la muchedumbre trabajadora.

No siempre va unido el acierto á los pensamientos que parecen mejores. Algunos quizá crean que la masa procede con falta de lógica al apoderarse de aquellos que al primer examen no revelan importancia visible y olvidar, en cambio, los que revisten trascendental interés.

Ningún esfuerzo nos costaría entresacar de los acuerdos de los Congresos internacionales muchos que ofrecen verdadera transcendencia doctrinal, positivo alcance científico, en cuanto al dogma ó en cuanto á la táctica, y que, sin embargo, han caído en el olvido más completo.

Por el contrario, este de la Demostración universal del 1.º de Mayo, que no es más que una procesión, una mera exhibición de fuerzas, tan potente, tan vivo como el primer año, el 1890 glorioso, y revistiendo á cada nueva anualidad que llega mayor pu-



PROFANACIÓN

Desde el púlpito suenan palabras injuriosas que inflaman torpemente los postreros fulgores de un poder trasnochado. ¡Oh, qué mustias las rosas de fugidos rubores!

¡Poseen el secreto estas damas... sencillas, de teñir, cuando quieren, en rubor las mejillas!

No hubo nadie que oyendo las palabras del grajo le sellara los labios con un escupitajo; no hubo un hombre con rastro de vergüenza en la cara: ni uno solo que, digno, al procaz arrastrara y la lengua, por sucio, le arrancase de cuajo. Todos, ellas y ellos, escucharon pasivos expresiones rastreras y conceptos lascivos que allí, en el venerando lugar de la oración, tienen la villanía de una profanación.

«¿Perdieron, rodeadas de vil indiferencia, muchas almas el santo blancor de la inocencia?»

¿Y qué? ¡No es para tanto rugir de indignación!

Plegue á Dios que, pues dáis tan impúdico ejemplo, caigan sobre vosotros las columnas del templo, y las bóvedas caigan en confuso montón.

HERIBERTO BLANCO.



A una madre

SEÑORA:

Mucho me honráis consultándome sobre la dirección que en materias religiosas debéis imprimir á vuestras hijas, preciosas niñas en que admiro las felices consecuencias de un matrimonio por amor, al observar cómo se armonizan en sus gentiles cabecitas la inteligencia de su difunto padre y vuestra propia hermosura, llena de bondad. Pero si la honra de la consulta es grande, más grande es todavía la dificultad de satisfacerla cumplidamente. No quisiera que un consejo mío, apasionado ó torpe, perjudicase á esas angelicales criaturas, llamadas, como todas las mujeres, por su propia condición, á desarrollar su vida conjunta á otra que ha de gozar el privilegio de la iniciativa.

Mas hay un punto, al cual os referiré, en que mis ideas son claras, precisas, y en que el consejo se eleva á la categoría de precepto. Aunque firme en mis principios y constante en mis ideas, sabéis que no tengo nada de intransigente. Pues bien; después de examinada la cuestión bajo todos sus aspectos, la viril cerrazón de espíritu que se llama intransigencia se da en mí cuando se trata del confesionario, con relación á las mujeres; y por eso yo, que sería tímido para aconsejaros otras cosas, si pudiera, os mandaría ésta: Jamás llevéis á confesar á vuestras hijas.

¡Jamás, ¡lo oís?

Desde luego, tenéis sobrada ilustración para conocer que la confesión auricular no es de esencia en el cris-

tanismo, sino invención de la Iglesia para dominar las conciencias y explotar la fe en beneficio del poder papal. Prueba evidente de ello es que la Reforma, que viene á representar una revisión del cristianismo, prostituido por la Iglesia, á la sencillez de los tiempos apostólicos, suprimió la confesión auricular y quemó públicamente los confesionarios.

Así, pues, aunque os halléis inclinada, como parece, á ceder á la rutina y educar vuestras hijas, cristianamente, no hay por qué las llevéis á confesar, puesto que la confesión no es doctrina de Cristo, sino mandamiento de la Iglesia. Escudriñad el Evangelio; no encontraréis en él rastro de esa sucia y ominosa inquisición de las almas que se practica en los confesionarios; en cambio la Historia os enseñará que la confesión fué inventada siglos después de crucificado el Nazareno, por un clero atento sólo á su dominación.

Vuestra hijas, señora, son puras como todas las niñas de su edad, que han crecido en el regazo de una madre casta é ilustrada. ¿Qué añadiría á su pureza la confesión? Nada. ¿Qué puede quitarles? Contestad vos misma, señora, que os habéis confesado. La confesión viene á ser, á causa de las preocupaciones que pesan sobre el penitente, del aparato con que se rodea el acto, del poder divino que se supone en el confesor y del secreto que asegura el silencio, una exhibición al desnudo de las almas. El desnudo físico atropella el pudor; este desnudo moral, que viene á ser una agravación del físico, hace más que atropellarle, le mancha. La virginidad inmaculada, como la modes-

A. GARCÍA QUEJIDO.

ta verdadera, son inconscientes. La confesión, que por lo menos ha de arrancarle esta inconsciencia á la virginidad, decidme, ¿no es una profanación de la pureza infantil?

¡Ah! señora, temblad ante la imposibilidad llena de probabilidades, de que tras la rejilla del confesionario á que lleváseis vuestras hijas, esos capullos olorosos con el perfume de todas las inocencias (tan fáciles por el mero hecho de ser inocencias de dejarse penetrar, registrar y escudriñar), acechen unos ojos libidinosos, atiendan unos oídos groseros y cuchichee una boca impura. La confesión resultaría un estupro moral, y vos, la buena madre, seríais el cómplice voluntario ¡qué horror! del estupro que queda ¡oh, escarnio! impune.

¿No sabéis acaso de las mil horrendas historias de niñas que, puras hasta la primera confesión, fueron en ésta iniciadas, por torpes ó malvados confesores, en deshonestidades que destruyeron su salud, agriaron su carácter, torcieron su vida ó la lanzaron en la senda del vicio? Sí que habréis oído de ellas; mas si no las conocíais, tomáos la molestia de leer cualquiera de esos libros, que son el colmo de la inmoralidad, en que aprenden los presbíteros su oficio de inquisidores de almas. Leedlos, y os horrorizaréis de lo impuestos que han de estar en todas las abominaciones del vicio los que presumen de perdonar con una palabra los pecados más atroces, y no son capaces de averiguar la más pequeña falta, á menos que cándidamente se la manifieste el penitente.

No vale, señora, en esta cuestión decir que si hay sacerdotes malos también los hay buenos. Todos son hombres. Y quien dice hombres, dice tentación, cuando el hombre tiene á sus pies la hermosura virginal, la inocencia ingenua, el capullo que pugna por abrirse en la primera confesión. De mí, señora, no respondería siendo clérigo y creyente. ¿Cómo una mujer prudente, que aspire á merecer el augusto nombre de buena madre, podrá fiarse de esa clerigalla incrédula que pulula por las sacristías en busca de un pedazo de pan que compartir con sus amas, por lo común género averiado y comtrabando místico?

Repito, que no llevéis jamás vuestras hijas á confesar. De hacerlo, vendidos todos los peligros, ciertos que os denuncio, crearíais en ellas una costumbre, que no dudo en llamar madre cruel de ese rebajamiento moral que acusan los pueblos católicos. La idea de que una palabra absuelva de pecado, aunque absurda, llega á penetrar el espíritu del penitente, engendrando en él la más desoladora creencia que cabe imaginar; esto es, que Dios es un juez sobornable y el crimen algo que se resuelve en huecas palabras de arrepentimiento y en una fórmula canónica, que ninguna incomodidad cuesta llenar.

Traed á la memoria el infinito número de cuentos llenos de causticidades contra el clero, en el que el ingenio, naturalmente claro y franco de nuestro pueblo, ha vertido su animadversión contra los pícaros hipócritas que anualmente van á descargar el saco de sus culpas á los pies de otro pícaro que los absuelve, y ellos os advertirán, mejor que yo, que la confesión auricular, ó es nada y no debe practicarse, ó es un peligro y debe evitarse, ó es una costumbre corrupta del sentido moral y debe combatirse; en suma, que no debéis llevar vuestras hijas á confesar.

Suponed que alguna de ellas, andando el tiempo, cometiera un desliz. ¿A quién debería comunicar su secreto? Sin duda que diréis que á nadie antes que á su madre. Pues estad segura de que si la lleváis á confesar, si se acostumbra á pensar erradamente que sólo al cura, como representante de Dios, se le debe abrir la

conciencia, á él irá á confiar su falta y de vos se recatará. Y es natural. Al llevarla á confesar la enseñáis que él puede absolverla y vos sólo podéis consolarla. ¿Cuál debe interesarla más?

Por el contrario; si la educáis en la verdad de que á su madre, como origen que es y sostén de su vida, le debe su confianza toda; si aprende que no hay poder humano superior á vuestro poder, ni derecho comparable á vuestro derecho, ni ficción religiosa que valga lo que vuestra realidad natural, tened por cierto que sólo á vos acudirá en sus cuitas y en sólo vuestro pecho depositará sus revelaciones. No irá al confesor para recrear, á cambio de una absolución vana, las lubricidades de un hombre con los detalles de su pecado, sino que acudirá á su madre con su cuita; á su madre, que si no puede reparar su honor, sabrá recoger piadosa sus lágrimas.

Mas sin hablar de deslices, que os han de apenar aun siendo puras suposiciones, advertid que el confesor es un ojo y es una oreja; ojo que ve, oreja que oye. ¿Qué? Todo lo que sucede y todo lo que se dice en vuestra casa. En vano atrancáis vuestra puerta, en vano cubrís de cortinas vuestros balcones, en vano os retiráis á lo más escondido de vuestro hogar para hablar, para escribir, para contar vuestro dinero, para encurrir vuestras alhajas, para reparar vuestras cuentas. Si lleváseis vuestras hijas á confesar, en lo más oculto de vuestro hogar os acecharía la Iglesia. Allí, el ojo que mira en el confesorario os leería vuestra correspondencia, os contaría vuestro dinero y repararía vuestras cuentas. Allí, la oreja que oye en el confesorario oiría vuestros suspiros ó vuestras risas. ¿Os conviene un espionaje de este género? ¿Os parece prudente que un cura sepa lo que tenéis, lo que hacéis y lo que pensáis? Pues tened entendido que muchos delitos que no tienen explicación, los explicarían los confesionarios si pudieran hablar. ¿Cuántas de sus mohosas rejillas no fueron cómplices de los secuestradores andaluces! ¿Por cuántas no pasó la urdimbre de un asesinato! ¿Cuántas no sirvieron de aduana á un robo!

Pero hay más, señora, que debe impedirlos llevar vuestras hijas á confesar. Esos capullos serán rosas mañana. ¡Y hermosas rosas en verdad! Vedlas, de aquí á pocos años, avasallando con sus relampagueantes ojos negros los corazones de los muchachitos que ahora asisten á las clases del Instituto. Vedlas enamoradas, y vedlas también felices en brazos de un esposo digno de su hermosura y de la virtud que en ellas ha hecho florecer el ejemplo maternal y las memorias del honrado padre.

¿Sabéis por adelantado si el desconocido esposo de vuestra hija, educado probablemente en las ideas libres de embrollos teológicos: vería con buenos ojos que vuestra hija vaya al tálamo acostumbrada á confiar sus intimidades á un clérigo? Ved, pues, cómo esta costumbre podría ser origen de matrimoniales querrelas, de recelos y desconfianzas, mientras que, si por el contrario, casase con un católico, podría éste obtener una prueba más de amor y de obediencia de ella, llevándola por sí mismo á confesar.

Aunque creo muy difícil que lo hiciera. Católicos ó no católicos, todos los casados pueden certificar de una cosa, que es el enojo íntimo, la secreta rabia que experimenta el marido cuando sabe que existe en el mundo un hombre, clérigo ó no, en quien pone más confianza que en él mismo la mujer. Por supuesto, que hablo de los maridos que son también hombres de honor. De la turbamulta, de

los predestinados, no me ocupo, por que injuriaría á vuestras hijas concediéndoles uno de ellos por consorte.

Una mujer casada que va á confesar, ¿qué puede decir al cura? Algo que oculta á su marido? Ese algo, si no es un adulterio, son sus prolegómenos. La confesión convierte al confesor en cómplice; ¡cosa peligrosísima para la propia mujer, para el amante, para el marido y para el cura mismo! ¿Cuántos dramas, cuántas tragedias han originado estas estúpidas confidencias á un extraño! ¿Qué mujer será tan incauta que entregue el impuro amor de su corazón y la tranquilidad de su hogar profanado á un cualquiera, que puede rastrearmente llamarse á participación en la infamia conyugal, amenazando con una revelación insidiosa del secreto que le fué confiado? Ved amontonarse los peligros con los delitos, señora, cuando la casada es mala y se confiesa.

Notad ahora, cuando la casada es buena, que la confesión es un motivo de perpétua molestia para el marido. Hay en el matrimonio intimidades que jamás deben trascender del lecho conyugal, y que la mujer ha de revelar indiscretamente á su confesor, según los más acreditados preceptistas del género, doctores en inmundicias, tan acreditados como el célebre jesuita padre Suárez. ¿Las revela? Pues pone á su marido y se pone á sí misma en espantoso ridículo; entrega quizá á un malvado, quizá á un charlatán, una llave que abre la puerta del templo de sus amores á otro que no es su esposo. ¡Peligro terrible! He aquí que debéis tener como axiomático que no hay casado discreto, aunque de muy católico presuma, que no experimente cierto remusguillo de enojo al ver arrodillada á su mujer á los pies de un confesor, que es un hombre; y que haréis perfectamente en no llevar jamás, como os tengo dicho repetidamente, á vuestras hijas á confesar.

Con haberos mostrado tantos peligros como hay en ello, aún no os he dicho cuál es el mayor para una madre cariñosa, buena é ilustrada cual vos. ¿Queréis saberlo? Pues os lo diré llanamente. El peligro mayor que corrían vuestra hijas, si las lleváseis á confesar, es que os las robarían. ¿Cómo, diréis, robármelas? Sí, señora; robármelas. No sería el primero, ni el segundo, ni el centésimo caso de robo con engaño é impunidad del ladrón, que ha acontecido á las madres españolas. Teatro de ellos han sido recientemente Vigo y Salamanca.

La Iglesia, señora, es un ejército que necesita soldados. Los ejércitos de mar y tierra se componen de hombres; pero la milicia eclesiástica, como más amiga del regalo, necesita también mujeres. Si escasean, se buscan; si no acuden voluntariamente, como mandan los reglamentos, se las engaña, con lo cual quedan cubiertas las fórmulas y las plazas. Los modos de engañar son infinitos; pero el lugar donde se verifica el enganche es uno solo; el confesorario.

No he de decirlo yo los tortuosos caminos que un jesuita recorre para llegar al corazón de una joven, máxime si es rica y puede llevar algunos miles de duros al convento, sembrando en él la mortal ponzoña de un misticismo estúpido, pues mata los efectos naturales de la familia, y sobre sus ruinas hace brotar los devaneos de unos desposorios fantásticos con Jesucristo. Lo que consta, es que la primera lección que enseñan á las jóvenes que pretenden enganchar en la milicia de Cristo, es una lección de refinado disimulo para con sus madres, que el día menos pensado, las ven salir á la Iglesia más cercana y las esperan en vano toda su vida, llorando miserablemente su ceguera, maldiciendo la hora en que por vez

primera las llevaron á los pies del confesor que se las ha robado.

No lo hagáis vos, señora, y viviréis tranquila, viendo crecer á vuestras hijas en la sólida virtud de las almas que aman al Dios verdad, y cuando llegue su hora, entregadlas inmaculadas á los amores de sus esposos, que, cualesquiera que sean sus opiniones religiosas, celebrarán encontrar sus almas limpias de la baba inmunda que el reptil inquisitorial del confesorario deja al deslizarse por el espíritu de una virgen.

Vuestro respetuoso amigo y servidor.

RAMÓN CHIES.

LA FERIA DE BROZAS

Con extraordinaria animación y un tiempo hermoso se ha celebrado la feria de esta villa.

El mercado de ganados ha estado muy concurrido, haciéndose muchas transacciones y á precios elevadísimos.

El aspecto que ofrecía el paseo de la Plaza de la Constitución, desde las seis de la tarde en adelante, era magnífico, por las muchas y bonitas mujeres que á él concurrían.

La notable y numerosa compañía de circo de los hermanos Borza ha dado durante los días de feria siete grandes funciones, ejecutando brillantísimos ejercicios.

El público ha quedado gratamente impresionado, tanto por los maravillosos resultados ejecutados por dicha compañía, cuanto por lo simpáticos que son todos los que la componen. Estos, según noticias, han marchado contentos y satisfechos por la buena acogida que aquí se les ha dispensado.

En el teatro ha actuado la compañía que dirige el distinguido actor señor Poreel, poniendo en escena escogidas obras, cuya interpretación ha sido aceptable.

También hemos tenido en ésta al llamado *Rey de las alturas*, el que el día 23 por la tarde hizo su arriesgada ascensión á la torre de Santa María, en un minuto, haciendo después en lo alto peligrosísimos trabajos.

Y por si en estas ó en otras funciones había habido *extralimitaciones*, vino de Coria don Ramón y nos echó su bendición, y á renglón seguido «nos dió un bofetón para que nos acordásemos de la Confirmación.»

ELÍAS CAMISÓN.

Brozas, 27-911.

Mesa Revuelta

Restablecido

Se encuentra restablecido de la enfermedad que le retuvo en el lecho, nuestro querido amigo D. José Martín Guillén.

Premiado

El joven literato cacereño D. Juan Luis Cordero, ha obtenido un accésit á la flor natural en los Juegos Florales de Badajoz.

Exámenes

Ayer dieron principio en nuestra Audiencia territorial los exámenes para secretarios de Juzgados municipales.

Cambios

Durante los últimos días nos han visitado los colegas siguientes: *La Gaceta Civico-Militar*, de Madrid; *El Mundo Obrero*, de Alicante; *El Progreso*, de Cádiz; *El Defensor de la Ver-*

dad, de Valencia de Alcántara, y *El Pamoreos*, de Burgos.

El 1.º de Mayo

Hemos recibido los extraordinarios que con motivo de la fiesta del trabajo publican los queridos colegas *El Socialista* y *Vida Socialista*. Hermosos trabajos en prestigiosas firmas y muy notables grabados.

¡Bah!

El Sr. Regidor arremete con ERA NUEVA en *Diario de Cáceres*, y por cierto que lo hace con un lenguaje un poco grosero, en su afán de hacerte una *pelotilla* á Peris Mencheta.

Déjese el cura de Torrequemada, en el tintero, ese tonillo de suficiencia y abandone toda esa sarta de calificativos tabernarios que emplea en su artículo «*Era Nueva*» ante la razón. Censúrenos cuanto le plazca, pero guardando las formas; pues de lo contrario, tendremos que acomodarnos á su lenguaje en las respuestas.

Disculpa

Por causas ajenas á nuestra voluntad, no ha podido salir ERA NUEVA en su día.

Perdonen nuestros suscriptores el retraso.

Robo número 1

En el piso principal de la casa número 6 en la calle de la Audiencia, de esta capital, y en plena tarde, se cometió un robo, habiéndose llevado los cacos dos pañuelos de Manila y 60 pesetas. Cometióse anteayer.

Robo número 2

En la Plaza Mayor se cometió el segundo de la serie el sábado. Los ladrones *levantaron* dos bultos que contenían cinturones de seda para señora, y que estaban en un carro de la Agencia del Sr. Ramos.

Robo número 3

Fué en el parador del Carmén. Fueron sustraídos tres bultos—dos de los cuales contenían tejidos y el otro calzado—del carro del vecino de Zarza la Mayor, Maximiano Fernández. Habiendo sido detenido, como presunto autor, un joven que habita en dicho parador.

Robo número 4

En la ermita de San Francisco, sita en las viñas de la Mata, ha sido robado el cepillo que hay para la colecta del santo.

Cuasi número 5

En casa de D. Rafael Carrasco, también intentaron cometer un robo dos individuos de mala catadura, sin que afortunadamente llegaran á poder realizar sus intentos.

¡El despiporren!

Como se ve, «la primavera» se las trae. Los que tengan algo que guardar, bien pueden tomar sus precauciones, pues *la cosa está que arde*.

D. Cáceres Jimenez

OCULISTA

Ayudante de las Clínicas del Real Hospital del Buen Suceso é Instituto Oftálmico Nacional de Madrid

Opera Cataratas y toda clase de afecciones en los Ojos, Párpados y piel.

Prescribe lentes graduados y aplica el (606) á enfermos que lo necesitan.

Estará en Almoharín, del 25 de Abril al 4 de Mayo.

Consulta, de once á una de la tarde

Precio, 5 pesetas

Tip. LA MINERVA, de Serafín Rodas.

SECCION DE ANUNCIOS

Recomendamos eficazmente á nuestros correligionarios de la provincia, las casa que se anuncian en esta plana

EDELMIRO ESTEVA
CÁCERES

Fábrica-Industria Corcho-Taponera, Fábrica de Baldosines de Corcho natural, patentados, los más cómodos y duraderos para pavimentos.

Venta de toda clase de Tapones y demás referente al Corcho. Compradores de Corcho en todo tiempo.

FRANCISCO CRUZ QUIRÓS
COMISIONES Y REPRESENTACIONES

Unico depositario para España y Portugal de la renombrada

CERVEZA MAHOU
SAN ANTÓN, 22.—CÁCERES.

ANTONIO RUBIO

ALFONSO XIII, NÚM. 28

Camas de hierro, inglesas y del país.—Muebles.—Armas de fuego.—Aparatos higiénicos.—Fumesteria.—Aparatos para la agricultura.—Máquinas de coser.—Material eléctrico.—Teléfonos.—Timbres.—Pararrayos.—Tubos acústicos.—Instalaciones de luz eléctrica.—Material.—Aparatos y cristalería.—Lámparas para luz eléctrica desde tres bujías en adelante.

FERNANDEZ Y MARTINEZ
ALMACÉN DE MADERAS Y VIGAS DE TODAS CLASES Y DIMENSIONES

Venta de yesos y cementos de inmejorable calidad.

DESPACHO:

JUNTO LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL

Y

alle de Santa Gertrudis, número 1.—Cáceres.

DISPONIBLE

Gran Café del Heraldo

DE

LUIS PINTO

MADRID

SE SIRVEN CUBIERTOS DESDE 250 PESETAS CON VINO Y CAFÉ

ESMERADA COCINA.

PLATOS ABUNDANTES Y ESCOGIDOS

LA CASA QUE DA MEJOR DE COMER Y MÁS BARATO.

CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 7

Y

CONDE DE ROMANONES,

Punto de cita de la Colonia Extremeña

SASTRERÍA de MANUEL GONZALEZ, premiado en la Exposición regional de Lugo.—Gabriel y Galán número 6, Cáceres.

DISPONIBLE



La Unión y El Fénix Español
COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS
DOMICILIADA EN MADRID

Capital social EFECTIVO: 12 millones de pesetas.
Completamente desembolsado
Superior al de todas las demás Compañia que operan en España

Reservas y reservas	Ptas.	58 Millones
Siniestros pagados desde su fundación	Ptas.	130 Millones
Siniestros pagados por incendios 908 (solo en España) durante el año	Ptas.	2 750 577

45 años de existencia.

SEGUROS CONTRA INCENDIOS
SEGUROS SOBRE LA VIDA

SUBDIRECTOR EN EXTREMADURA:

D. Claudio González Alvarez
Oficinas: calle de Grajas, 15 y 17
CÁCERES.

Las cosechas se aseguran en pie, en gavillas, en sa era y el grano en los graneros por el transcurso de un año, á la reducida prima de SEIS reales por cada mil.

Agencias en todas las poblaciones de importancia.

«**ERA NUEVA**»

PERIÓDICO REPUBLICANO

Suscripción: 2 pesetas al trimestre.—Anuncios, á precios convencionales.—No se devuelven los originales.—Redacción y Administración: Plazuela de los Caldereros, núm 4, Cáceres.